

dia nacional. Tenía que barrer los *faubourgs* Poissonnière, Saint-Martin, Saint-Denis y del Temple, despejar los bulevares exteriores y atacar luego a los insurrectos del barrio de San Antonio. Aquel vasto perímetro distaba mucho seguramente de pertenecer por entero a la causa de la insurrección; pero lindaban con los pueblos de La Villette, La Chapelle y Belleville. La Villette se hallaba agitada desde por la mañana por los revoltosos, que se habían apoderado de un convoy de armas. En Belleville, refugio de la hez de París, sólo habían contestado al llamamiento ciento veinte hombres, y aún entre ellos figuraban tantos enemigos como amigos de la situación. La Chapelle contaba en su seno cerca de cinco mil obreros, muchos de los cuales estaban empleados en los ferrocarriles, gente que no se hallaba en la miseria, pero sí maleada por los manejos socialistas é impulsada a los atropellos y violencias por un club horrible (1). Estos pueblos turbulentos echaban sobre París sus hijos perdidos, que pasaban las barreras y coronaban de barricadas la cresta de los arrabales.

Para sostener la lucha, Lamoricière aún no tenía a su disposición los numerosos refuerzos que le llegaron más tarde. Su columna sólo se componía de tres batallones de línea, un batallón móvil y un poco de caballería (2). Afortunadamente se apoyaba en numerosos destacamentos de las legiones primera, segunda y tercera, legiones reclutadas en los barrios afectos al orden y destinadas a dar, en aquellas dolorosas jornadas, muchas pruebas de valor. Con las filas de estas legiones se habían mezclado algunos de los generales que se encontraban en París; se les veía llevando el fusil como simples soldados y dando a todos ejemplo de abnegación y valentía.

Siempre osado é impetuoso, Lamoricière dispuso sus columnas para el combate. La lucha se inició en todas partes: en lo alto del *faubourg* Poissonnière, donde una enorme barricada,alzada en la esquina de la calle de Bellefonds y defendida por los obreros mecánicos de La Chapelle, detuvo largo tiempo los esfuerzos de la tropa; en el *faubourg* Saint-Denis, que quedó despejado hasta las barreras; en el *faubourg* Saint-Martin, que lo fué hasta la calle de Château-Landon. Pero estas victorias no se obtuvieron sino a costa de duros sacrificios. La guardia nacional sobre todo pagó un tributo considerable a la muerte. Allí cayeron heridos Pedro de Rémusat, el abogado Desmaretz y el representante Dornés; allí recibió una herida mortal el comandante Lefèvre, de la segunda legión. Y a pesar de tanta efusión de sangre, las posiciones conquistadas no lo eran sino de un modo precario. Los insurrectos, momentáneamente

(1) Información parlamentaria sobre la insurrección de Junio, declaración de Vilin, alcalde de Belleville, y Winter, comisario de policía de La Chapelle, tomo I, págs. 368 y 369.

(2) Asamblea nacional, sesión del 25 de noviembre, discurso de Cavaignac. El general Cavaignac no habla más que de las tropas puestas bajo el mando inmediato de Lamoricière; pero si se quiere saber el número total de las fuerzas que, desde un principio, fueron llamadas a defender los barrios de los bulevares y de los *faubourgs* del Norte, hay que añadir a estos cuatro batallones el 5.º y el 7.º batallón móvil, y el tercer batallón del 7.º ligero, puestos a las órdenes directas del general Lafontaine, y que entraron en acción desde las primeras horas de la tarde en el *faubourg* Poissonnière y en la calle de San Lorenzo. (Cuadro de los movimientos de las tropas, *Monitor*, págs. 3421 y 3437).

arrojados de los barrios de Saint-Denis y Saint-Martin, se acantonaron en el cercado de San Lázaro y se fortificaron sobre todo en el barrio del Temple. En la esquina de la calle del *Faubourg* del Temple y de la calle Saint-Maur se alzaba una serie de barricadas formidables. Todas las tentativas de conciliación habían fracasado. Lamoricière, con sus débiles fuerzas, no podía atacar; consumíase en una febril impaciencia, esperando refuerzos que no llegaban y enviando emisario tras emisario al general Cavaignac para que se le facilitase.

Cavaignac se encontraba en el Palacio Borbón. Hasta entonces, previendo la duración de la lucha y deseo de economizar sus reservas, había hecho oídos sordos a todas las demandas de auxilio. Pero esta instancia, viniendo de parte de uno de sus tenientes cuyo arrojo y pericia le eran bien conocidos, venció su resolución. Esperando coronar la jornada con una operación decisiva, dió a las tropas estacionadas en la plaza de la Concordia la orden de marchar, y reuniendo siete batallones, dirigióse él mismo hacia el *faubourg* del Temple. Con él se reunieron Lamartine, Duclerc, Treveneuc y el príncipe Bonaparte. En el camino, Lamartine quiso probar su imperio sobre las masas; pero su voz, poco antes tan poderosa, no produjo más que raras aclamaciones. Lamoricière se hallaba en el *faubourg* Saint-Denis terminando la pacificación del barrio por medio de la fuerza. Cavaignac, después de haberle dejado algunas tropas, continuó con el resto de su columna por el bulevar y enfiló la calle del *Faubourg* del Temple.

Al otro lado del canal de San Martín se extendía, en la esquina de la calle de Saint-Maur, la formidable barricada que hasta entonces había cerrado el paso a los defensores del orden; flanqueada de otras obras de defensa, constituía una especie de reducto. Las casas inmediatas estaban ocupadas y vomitaban una granizada de proyectiles. Insurrectos bajados de las alturas de Belleville, soldados de la antigua guardia republicana, guardias nacionales del barrio extraviados ó culpables y llevando su uniforme en las filas de la insurrección, todos se hallaban mezclados y confundidos, detrás de sus parapetos de adoquines ó en el interior de las casas; se ha calculado que no bajarían de dos mil ochocientos. Cavaignac hizo apuntar sucesivamente dos piezas de artillería contra la barricada; dos terceras partes de los artilleros fueron acribillados a tiros sobre los cañones, y muertos también los caballos. Un batallón de línea avanzó en columna de ataque, pero fué detenido por el tiroteo de los insurrectos emboscados en las casas; las balas llovían sobre el arroyo y llegaban hasta el bulevar. Sorprendido de aquella resistencia, Cavaignac hizo descansar un momento su tropa. Impaciente por acabar, comprendiendo que sus fuerzas, con ser tan numerosas, eran insuficientes, pidió a Lamoricière uno de los batallones que acababa de llevarle. El 29 de línea llegó a la carrera, a las órdenes del coronel Dulac. El general lo lanzó contra la barricada, al mismo tiempo que fuertes destacamentos envolvían por las calles laterales las posiciones del enemigo. Este último esfuerzo fué al fin coronado de éxito; pero la lucha había durado cerca de dos horas y costado al ejército unos cuarenta hombres fuera de combate: el general Foucher, varios oficiales superiores y el coronel Dulac habían

salido heridos. Los insurrectos se dispersaron hasta más allá de las barreras, más bien vencidos que sometidos. Cavaignac, comprendiendo más que nunca la gravedad de la lucha, volvióse tristemente hacia el cuartel general. Ya no disimulaba sus aprensiones; detúvose un momento delante del ministerio de Negocios extranjeros, donde se hallaban reunidos algunos destacamentos de la primera legión, y no ocultó que la causa del orden reclamaba supremos sacrificios. Eran las nueve de la noche cuando el general regresó al Palacio Borbón (1).

Allí encontró a la Asamblea ansiosa y a la Comisión ejecutiva alocada.

Los representantes, ávidos de recibir y comunicar las impresiones del momento, habían ido temprano al palacio legislativo. La sesión se abrió a la una, como de costumbre. Parece que de pronto la Asamblea no se hizo cargo de la gravedad del movimiento insurreccional. El general Lebrétón propuso que varios representantes se trasladasen al teatro de los trastornos, y su proposición fué desechada para entrar en el orden del día. Igual suerte cupo a otra proposición del Sr. Beaune, que reclamaba la sesión permanente. Uno de los ministros, Flocón, no vaciló en atribuir la agitación de la capital a los *manejos de los partidos y al oro del extranjero*. ¡Cosa todavía más extraña!, casi al mismo tiempo, un hombre de más clara inteligencia, Marrast, en un manifiesto a los habitantes de París, reproducía estas solemnes necesidades. Por desdén del peligro ó por afectación de firmeza, se escuchó el dictamen del Sr. de Falloux en favor de la supresión de los talleres nacionales. Después de lo cual se procedió a la discusión del proyecto de compra de ferrocarriles por el Estado. Ni los primeros informes leídos por el presidente Senard, ni las declaraciones hechas cerca de las tres y media por el general Cavaignac turbaron aquella seguridad relativa de los primeros momentos. Pero cuando al declinar la tarde empezaron a escasear las noticias y éstas fueron cada vez más confusas é inciertas; cuando los nombres de los muertos y heridos, corriendo de boca en boca, atestiguaron la intensidad de la lucha; cuando se vió al ministro de la Guerra ir en persona al teatro de la acción y a los batallones de reserva dirigirse hacia los bulevares para tomar parte en el combate, se comprendió que se trataba, no de una escaramuza, sino de una batalla; no de un motín, sino de una guerra civil. Como sucede con frecuencia en las Asambleas tornadizas, a la incredulidad sucedió la exageración del peligro. La Cámara se declaró en sesión permanente; y cuando Cavaignac, de regreso del *faubourg* del Temple, entró en el salón de sesiones, pudo adivinar el peso doloroso que gravitaba sobre todos los ánimos.

Las ansiedades de la Comisión ejecutiva eran de otro género y mucho peores.

Arago se había quedado en el Luxemburgo; Lamartine había ido al *faubourg* del Temple; Garnier-Pagès recorría las alcaldías para estimular el espíritu de resistencia. Pero Ledru-Rollín y Marie, solos en el palacio de la presidencia durante la ausencia del ministro de

la Guerra, y encargados de todo el peso del gobierno, habían pasado por verdaderas angustias. Al partir, Cavaignac les había suplicado que no diesen orden alguna, no estando él presente, a fin de mantener la unidad del mando. Pero su ausencia, que había de ser muy corta, duró cerca de cuatro horas. Durante este tiempo, el alcalde de París, los alcaldes de distrito, el prefecto de policía y los jefes de legión no habían cesado de enviar delegados al palacio de la Asamblea en demanda de refuerzos y sobre todo de artillería que hacía falta casi en todas partes. El general Damesme expedía oficial tras oficial para reclamar tropas, aunque no fuese más que un batallón. Ledru-Rollín refirió más tarde, en una sesión famosa (2), sus ansiedades en presencia de aquellas reclamaciones a que no podía atender. Como se ignoraba el motivo de su reserva, como eran conocidas sus simpatías, se dudaba de su sinceridad. Cada cual no veía más que su barrio y se extrañaba de que no se le pudiese socorrer. Los oficiales de Estado mayor salían exasperados de la presidencia, diciendo: «La Comisión ejecutiva hace traición.» Y esta acusación, formulada desde luego en voz baja, lo fué pronto en alta voz. Había muchos que no se percataban de proclamar la necesidad de un cambio de poder. Irritado contra tan odiosas acusaciones, alarmado del peligro, sin la sangre fría que da la pericia militar, Ledru-Rollín tan pronto se deshacía en recriminaciones contra el general, como se asombraba de la suerte extraña que le convertía en guardián de la tranquilidad pública. La historia debe hacerle la justicia de consignar que no faltó a su misión. Ledru-Rollín envió sucesivamente a los prefectos de Seine-et-Oise, el Loiret y el Somma la orden de enviar a París todas las guardias nacionales y todos los regimientos disponibles. Ordenó también al almirante Casy que encaminase inmediatamente hacia París, por las vías más rápidas, los marinos de Brest y de Cherburgo. Envío requerimientos a las compañías de ferrocarriles para el transporte de las tropas. En fin, hizo batir generala para convocar a los guardias nacionales retrasados ó tímidos. Acababa de expedir estas instrucciones cuando el regreso del general Cavaignac le descargó de su responsabilidad y provocó al mismo tiempo entre él y el general una de esas explicaciones borrascosas que añaden al peligro de las situaciones críticas la amargura de las recriminaciones personales (3).

La explicación fué corta. Las obligaciones del mando reclamaban en otra parte la presencia del general. El consumo de cartuchos en aquel día había sido superior a todos los cálculos. Cavaignac hizo partir al coronel Martimprey para Vincennes con dos batallones de infantería y un regimiento de coraceros: sus instrucciones le ordenaban pasar por los bulevares exteriores ó por la carretera de ronda de las fortificaciones que estaba libre, evitar todo combate y traer de Vincennes un convoy de municiones suficiente para sostener la lucha. Este convoy llegó a París a las nueve y media de la mañana siguiente (4). Una vez dada

(1) Asamblea nacional, sesión del 25 de noviembre de 1848, discurso del general Cavaignac. Sesión del 23 de junio de 1848, discurso de M. Duclerc. Consejos de guerra, proceso Lécuyer (*Gazette des Tribunaux*, 27 de octubre de 1848). Máximo du Camp, *Souvenirs de 1848*, pág. 246.

(2) Sesión del 25 de noviembre de 1848.

(3) Declaración de Ledru-Rollín (*Información parlamentaria*, tomo I, pág. 312).

(4) Asamblea nacional, sesión del 25 de noviembre, discurso de Cavaignac.

aquella orden urgente, el comandante en jefe, que no había visitado más que el cuartel general de Lamoricière, quiso visitar también el de Bedeau y el de Damesme. Fué desde luego al Hotel de Ville Bedeau, herido de un balazo en el ataque de la barricada del Petit-Pont, había sido transportado al palacio municipal, donde se encontraba con Armando Marrast. Sufrió cruelmente de su herida, pero conservaba muy clara su inteligencia. Los dos militares, al encontrarse en el lúgubre teatro de las luchas civiles, recordaron los felices tiempos de las expediciones de Africa. Ambos reprimieron pronto aquella pasajera emoción, porque el tiempo apremiaba. Bedeau dió cuenta de las operaciones de la jornada á su antiguo subordinado, convertido en jefe, y entregó el mando al general Duvivier, antiguo comandante de la guardia móvil, llamado á reemplazarlo. A pesar de sus sufrimientos, quiso dar personalmente á su sucesor el detalle de la situación de las tropas. Del Hotel de Ville, Cavaignac se dirigió hacia la plaza de la Sorbona, donde Damesme había instalado su cuartel general. No encontró allí más que al teniente coronel Thomás: «El general está en la calle de La Harpe,» le dijo el coronel. Damesme había entrado con algunos oficiales de la 11.^a legión en un restaurant de la calle de la Escuela de Medicina, donde tomaba algún alimento. Salió, y los dos generales se sentaron en un banco, delante de la puerta, hablando de los incidentes de la jornada y de las eventualidades del día siguiente. El ministro de la Guerra interrogó á los oficiales de la guardia nacional: cada uno dijo lo que sabía; algunos tiros que se oían al extremo de las calles de Mathurinos y de Noyers interrumpían de vez en cuando la conversación y revelaban mejor que nada la resistencia que aún habría que vencer. Todo el mundo pedía refuerzos: «Hijo mío, dijo Cavaignac á Damesme, expresión que le era familiar; hijo mío, al amanecer os enviaré fuerzas y artillería; desalojaremos á toda costa á esa gente; quizá venga yo mismo; esto dependerá del estado de los demás barrios (1).» Esto dicho, Cavaignac se abrochó el gabán, montó otra vez á caballo, y después de estrechar la mano al general que no había de volver á ver, se alejó rápidamente hacia el palacio de la Asamblea. Llegó allá á las doce de la noche, y, tendiéndose en un diván, se preparó, con un descanso de algunas horas, para las fatigas del día siguiente.

II

La noche fué inquieta, lúgubre, casi toda de insomnio.

Los insurrectos, batidos en algunos puntos, pero en ninguna parte desarmados, aprovechaban aquella suspensión de algunas horas para arrastrar por el temor ó la esperanza á los tímidos ó dudosos. Varios comisarios diseminados por el faubourg Saint-Jacques estimulaban á la resistencia: «¡Firmeza!, decían. Al amanecer será tomado el Hotel de Ville, y el arrabal de San Antonio, sublevado en masa, acudirá en auxilio de la margen izquierda.» Se había hecho circular el rumor de que Caussidière se hallaba al frente del movimiento, que las grandes capitales de provincia se sublevaban y que la burguesía combatía por la regencia. En Reuilly,

(1) Diez y seis meses de mando en la guardia nacional, por Theil, jefe del batallón de la 11.^a legión.

en el arrabal de Saint-Denis, y en otras partes, los agitadores, mucho antes de que amaneciese, llamaban á las puertas de las casas y, de grado ó por fuerza, reclutaban combatientes para su causa (2). En Ivry, la población fué á cubrir de obstáculos la vía férrea, á fin de entorpecer la llegada de refuerzos (3). Al mismo tiempo se preparaban armas, se fabricaban municiones, se tocaba á somatén y se levantaban barricadas. Algunas detonaciones, que estallaban á intervalos, atestiguan el encarnizamiento de la lucha, apenas interrumpida por las tinieblas é impaciente por continuar.

En los barrios libres de insurrectos reinaba la consternación, y como la imaginación abultaba el peligro, los terrores crecían en el silencio y la obscuridad de la noche. El gobierno no disimulaba sus temores: «Esto va muy mal,» decía el ministro de Negocios extranjeros, Sr. Bastide, á lord Normanby (4). Habiéndose declarado la Asamblea en sesión permanente, muchos representantes habían pasado la noche en el Palacio Borbón. Algunos de ellos se paseaban por el peristilo, escuchando atentos el ruido de las patrullas ó el tiro lejano. Otros, rendidos de fatiga, se habían tendido en sus bancos ó se habían refugiado en el salón de conferencias en busca de algún reposo. La mayoría, distribuidos en grupos por los pasillos, discutían acaloradamente sobre los peligros del día anterior y del que iba á empezar. Se felicitaban por la energía de la guardia móvil, por el valor de una gran parte de la guardia nacional, por la actitud resuelta de la tropa, viendo en aquella unanimidad de los defensores del orden una garantía de éxito; pero al mismo tiempo se estremecían de pensar en la magnitud de la lucha, y se decían que la victoria, aunque no dudosa, sería tan triste como una derrota, á causa de la sangre que iba á costar. Cada cual, según su temperamento ó sus opiniones, sufría la impresión del momento. Los diputados de la derecha se mostraban resueltos sin fanfarronería y, con una reserva que no carecía de mérito, no cuidaban de triunfar de una tormenta que habían pronosticado. Los diputados de la extrema izquierda, vigilados, acusados casi, atentos á desorientar con su presencia asidua cerca de sus colegas toda sospecha de complicidad, guardaban en su mayoría un triste silencio; su espíritu flotaba indeciso entre la Asamblea, donde les retenía su deber, y las barricadas, donde quizá les llamaban sus amigos. En cuanto á los republicanos de nuevo cuño, más alocados que todos los demás, empezaban á hablar de medidas de excepción. Degousée había pedido ya la prisión de los periodistas fautores de los trastornos y la deportación de los anarquistas previo el simple reconocimiento de su identidad (5). Carteret, subsecretario de Estado en el interior, no menos violento ni menos bien inspirado, proponía, por su parte, el arresto de los jefes de la reacción (6).

(2) Información parlamentaria, tomo I, págs. 156 y 258.— Consejo de guerra, proceso Givet (*Gazette des Tribunaux*, 26 de agosto de 1848).

(3) Consejo de guerra, proceso Chapón (*Gazette des Tribunaux*, 15 de septiembre de 1848).

(4) Lord Normanby, *Un año de revolución en París*, tomo II, página 97.

(5) *Moniteur*, pág. 1488.

(6) Garnier-Pagés, *Historia de la revolución de 1848*, tomo XI, página 245.

En medio de la universal inquietud, dominaba una impresión cada vez más general: el sentimiento de la impotencia de la Comisión ejecutiva, y sobre todo el deseo de reemplazarla por un jefe único que tuviese más fuerza y más energía. El nombre de Cavaignac estaba en todos los labios. Los representantes de la reunión del Palacio Nacional se mostraban los más celosos en preconizar aquel cambio. La mayor parte eran antiguos amigos del poder, pero amigos desilusionados, exigentes, próximos á convertirse en adversarios y más temibles que si fueran enemigos. El 22 de junio, Landrín, Ducoux y Latrade se presentaron al general Cavaignac á preguntarle si aceptaría, llegado el caso, el honor y la carga del poder. La contestación del general fué bastante afirmativa, pues declaró que entre la Comisión ejecutiva y él no existía ningún lazo de solidaridad. Los negociadores dieron cuenta á sus amigos de la entrevista, y aquella misma noche participaron su gestión á la propia Comisión ejecutiva. Arago les recibió, pero ofendido por semejante embajada, se negó á escucharlos. Mientras tanto, el comité conservador de la calle de Poitiers, prevenido por el Sr. de Adelswaerd de lo que se tramaba, acogió desde luego con sorpresa y después con cierto favor el anuncio de un cambio próximo. El 23, ya en plena insurrección, se hicieron nuevas indicaciones á la Comisión para que dimitiera: Lamartine se irritó; Ledru-Rollín se limitó á contestar con buen sentido: «Cometisteis una falta haciéndome entrar en esta Comisión, y cometéis otra destituyéndola.» Así preparado el terreno, los directores de aquella intriga parlamentaria se diseminaban por los pasillos, y en sus conferencias con los representantes procuraban convencerlos de la excelencia de la combinación. En tales trabajos consumieron las horas de aquella noche siniestra. Fácilmente obtuvieron adhesiones, pues en los pueblos acostumbrados á las revoluciones se cree conjurar la fortuna adversa cambiando de gobierno (1).

Amaneció con un cielo despejado, como si la naturaleza hubiese querido burlarse de las pasiones de los hombres. Los insurrectos habían aprovechado la noche reconstruyendo muchas de sus barricadas y reconquistando varias posiciones perdidas el día anterior. En la margen izquierda del Sena, en que se apoderaron por la mañana del Panteón, eran dueños de todo el barrio limitado al Oeste por la calle de Saint-Jacques, al Norte por los muelles hasta el puente de Austerlitz, y al Este y al Sur por los bulevares exteriores, desde el río hasta la barrera de Arcueil. Al extremo opuesto del teatro de la lucha, los antiguos arrabales de Saint-Denis, Saint-Martin y Poissonniere estaban libres; sin embargo, en las proximidades de las barreras se alzaban numerosas barricadas.—En el centro de la línea de operación, es decir, en el barrio del Hotel de Ville, era donde parecía más comprometida la causa del orden. Allí los insurrectos no se habían limitado á consolidar las posiciones adquiridas: al amanecer habían tomado la ofensiva, apoderándose, sin disparar un tiro, de la alcaldía del distrito noveno. De ésta se fueron á la octava alcaldía, de la cual se hicieron dueños también; en ella encontraron gran cantidad de armas, municiones y

(1) Asamblea nacional, sesión del 25 de noviembre de 1848, señores Barthelemy Saint-Hilaire, general Cavaignac y Landrín.

vestuario; tomaron luego posesión del cuartel de Tournelles; un batallón del 18.^o ligero que se hallaba estacionado en la plaza de los Vosgos fué envuelto por los facciosos; privado de municiones y asediado por todas partes, depuso las armas. Podía preverse el momento en que la insurrección, como ya lo anunciaban los rebeldes más audaces, desbordaría del faubourg de San Antonio sobre el Hotel de Ville para instalarse en él. Eran las ocho cuando la sesión de la Asamblea na-



El general Cavaignac

cional, suspendida á media noche, se reanudó. No eran aún conocidos en el palacio legislativo los progresos de la insurrección por la parte del Hotel de Ville, pero se sabía que la noche, lejos de apaciguar la guerra civil, la había reanimado. A los que aún conservaban alguna duda sobre la gravedad de los sucesos, las palabras del Sr. Senard acabaron de quitar toda ilusión: «En varios puntos, dijo el presidente de la Asamblea, las barricadas han sido reconstruidas y fortificadas durante la noche... El combate se reproducirá hoy en los barrios en que estalló ayer.» Ciertamente que Senard manifestó también que se esperaba dominar pronto la insurrección en el barrio de Saint-Jacques y en parte del arrabal de San Antonio; pero añadió en seguida como recogiendo velas: «Hemos de convenir en que las circunstancias son graves y que es imposible esperar una solución á menos de una lucha muy enérgica...»

Hablando así, el presidente tenía por único objeto rendir tributo á la verdad, ó se proponía empujar á los diputados indecisos hacia un cambio de gobierno? Lo cierto es que Senard era uno de los principales agentes de la candidatura de Cavaignac. Habiéndose suspendido la sesión á las nueve, tuvo con el general una entre-

vista sobre la organización del nuevo poder, entrevista que la llegada inoportuna de Pagnerre y Garnier-Pagès interrumpió. A todo esto, la Comisión ejecutiva persistía en declarar que, en tan peligrosas conjeturas, no se retiraría sino ante la voluntad de la Asamblea (1). Esta actitud hacía necesario un voto solemne. El representante Pascal Duprat se encargó de provocarlo. Al reanudarse la sesión, éste subió a la tribuna y presentó la proposición siguiente: «París es declarado en estado de sitio. Todos los poderes son concentrados en manos del general Cavaignac.» Manifestóse un poco de vacilación; el estado de sitio inspiraba desconfianza; la idea de destituir á la Comisión también repugnaba quizá. Pero en esto llegó la noticia de la toma de las alcaldías octava y novena, de los incidentes de la plaza de los Vosgos y de la marcha ofensiva de los insurrectos: «En nombre de la patria, exclamó Bastide, os suplico que pongáis término á vuestras deliberaciones y que votéis lo más pronto posible; dentro de una hora quizá haya caído el Hotel de Ville en poder de la insurrección.» Estas palabras pusieron fin al debate.

La Asamblea votó silenciosamente la proposición de Pascal Duprat; y creyó hacer bastante en favor del gobierno recién creado por ella, desechando un artículo adicional propuesto á la vez por Quentín-Bouchar y por Julio Favre, y concebido en estos términos: «La Comisión ejecutiva cesa inmediatamente en sus funciones.» «Acabamos de votar una medida de salvación pública, observó Duclerc; os ruego que no votéis un acto de rencor.» Los miembros de la Comisión enviaron en seguida sus dimisiones á la Asamblea. Si los representantes hubieran tenido la sangre fría de los días pacíficos, hubieran comprendido tal vez que, hallándose el general Cavaignac investido de todas las atribuciones militares, la desaparición de la Comisión no añadía nada á su autoridad real: quizá hubieran estimado que cometían una injusticia, pues desde la víspera, Lamartine, Arago y Garnier-Pagès no habían faltado á ninguno de sus deberes cívicos, y Ledru-Rollín, de buen grado ó con sentimiento, había enviado órdenes de represión. Pero el momento no se presta á esta clase de reflexiones. Se había sufrido tanto á causa de los poderes colectivos, que á toda costa se quería un poder único; se había sufrido tanto por culpa de la Comisión, que no se vacilaba en derribarla aun cuando había cesado de cometer faltas. La burguesía, la guardia nacional, la guardia móvil, todo el mundo reclamaba un poder fuerte; desde el momento que se les pedía su sangre, ¿qué menos que darles aquella satisfacción? Se les concedió el brazo de Cavaignac y por añadidura el estado de sitio, y todos aplaudieron.

Investido del poder supremo, Cavaignac se dirigió á la guardia nacional, al ejército y á los insurrectos en tres manifestos cuya leal energía parecía justificar su elevación.

A la guardia nacional le recordaba que «nada se funda ni se establece sin dolores y sacrificios. Soldados voluntarios de la nación inteligente, añadía, habéis debido comprenderlo.

»Tened confianza en el jefe que os manda; contad con él como él cuenta con vosotros.

(1) *Monitor*, pág. 3354.

»La fuerza unida á la razón, á la prudencia, al buen sentido y al amor de la patria, triunfará de los enemigos de la República y del orden social...»

«La salud de la patria os reclama, decía á los soldados. Es una terrible, una cruel guerra la que hacéis hoy. Tranquilizaos; no sois agresores: esta vez al menos no habéis sido tristes instrumentos de despotismo y de traición. Valor, soldados... ¡Sed fieles á las leyes del honor y de la humanidad; sed fieles á la República!...»

El nuevo jefe del poder ejecutivo conjuraba en fin á los insurrectos que volviesen á la senda del deber: «Creéis batiros en interés de los obreros; es contra ellos que combatís...

»En nombre de la patria ensangrentada;

»En nombre de la República que vais á perder;

»En nombre del trabajo que pedís y que nunca se os negó;

»Burlad las esperanzas de vuestros enemigos, deponed vuestras armas fratricidas y contad con que el gobierno, si bien no ignora que en vuestras filas hay instigadores criminales, sabe también que en ellas se encuentran hermanos simplemente extraviados á quienes llama á los brazos de la patria...»

Senard, á quien le gustaba personificar el poder legislativo, se dirigió por su parte á la guardia nacional y á los insurrectos. En cuanto á la Asamblea, tomando en consideración una proposición que había desechado dos veces la víspera, acordó que varios representantes nombrados por las secciones fuesen al teatro de la lucha á fin de dar allí ejemplo de firmeza cívica. Con el objeto de no añadir un cuidado inútil á una situación ya tan grave, el ministerio fué interinamente conservado. Envióse un parte á los departamentos notificándoles á la vez la crisis gubernamental y su solución. El telégrafo llamó á París á todas las tropas de la segunda y de la tercera divisiones militares. La previsión iba más lejos: expidiéronse órdenes á Burdeos para que fuesen enviados á la capital los marinos disponibles. Eran las diez de la mañana. Las guardias nacionales de provincias empezaban á llegar. El convoy de artillería, escoltado por las tropas del coronel Martimprey, desembocaba en la plaza de la Concordia trayendo municiones en abundancia. Refuerzos y municiones desgraciadamente necesarios, pues la lucha continuaba en todas partes y se adquiría poco á poco la certeza de que la jornada no sería suficiente para sofocar la insurrección.

En la parte septentrional de la ciudad, los insurrectos, rechazados lejos de los bulevares en los combates de la víspera, se habían replegado hacia las barreras y, abrigados detrás de defensas formidables, tenían en jaque á sus adversarios. En lo alto del faubourg Poissonnière habían levantado una serie de barricadas, desde las cuales tiraban sobre las tropas con la doble ventaja que les daba su abrigo y su posición dominante. Estas barricadas correspondían á la derecha con otras construídas en la barrera de Rochechouard; á la izquierda, los insurrectos se habían instalado en el cercado de San Lázaro y en los vastos terrenos del hospital Lariboisière, entonces en construcción: allí, ocultos detrás de empalizadas, protegidos por los montones de piedras destinadas al edificio, podían desafiar todos los esfuerzos. En estos barrios, el combate duró casi todo

el día. El general Lebreton, al frente de la guardia nacional, lanzó en vano varias columnas. Hasta la caída de la tarde no cayeron en su poder las barricadas de la barrera, y aún esta conquista no fué definitiva. En cuanto al cercado de San Lázaro, se tuvo que aplazar su ataque para el día siguiente. La calle del Faubourg Saint-Denis, á la altura de los talleres del mecánico Cavé, se hallaba también defendida por barricadas, y sólo pudieron ser tomadas después de reiterados asaltos. En fin, en la calle del Faubourg del Temple, el general Lamoricière agotaba sus fuerzas en vanas tentativas. Se le veía correr de un lado á otro, difundiendo el ánimo, reprimiendo á los tímidos ó indecisos, consumiéndose á veces en accesos de cólera, llevando la valentía hasta la locura. Como el día antes, pedía refuerzos; pero los refuerzos no bastaban. Llegó la noche sin que él hubiese podido hacerse dueño del faubourg del Temple y llegar al de San Antonio, que era el objetivo de sus operaciones. Por esta parte, la lucha había resultado casi estéril.

El Hotel de Ville, tan amenazado por la mañana á consecuencia de la toma de las alcaldías octava y novena, habían encontrado más tarde un poco de calma. Hubiérase dicho que los insurrectos no se habían atrevido á llevar á término sus victorias. Cerca de las doce entabláronse entre el general Duvivier y los delegados rebeldes ciertas negociaciones que no dieron resultado. Los insurrectos, ya por timidez, ya porque no quisiesen abandonar su barrio, se detuvieron en los callejones que rodeaban la Casa de la Ciudad. El general con parte de sus fuerzas pudo tenerlos á raya. Los demás batallones los mandó á las calles de Rambuteau, Transnonain y Montmorency, donde demolieron las fuertes barricadas construídas. Libre por este lado, el Hotel de Ville parecía estarlo también por la parte del río. Falta de despejarlo por el Este, es decir, por el lado del barrio de San Antonio y atacar el temible arrabal de este nombre.

Si las columnas del general Lamoricière, á pesar de crueles pérdidas, no obtenían resultado; si el general Duvivier, en el Hotel de Ville, se veía obligado á aplazar para el día siguiente el ataque de dicho arrabal, el general Damesme era más afortunado á la izquierda del río. Los barrios de San Víctor y de Saint-Marceau, y parte del de Saint-Jacques, se hallaban por la mañana en poder de la insurrección: la jornada le bastó para reconquistarlos casi enteramente. Abandonando su cuartel general de la Sorbona, Damesme bajó como el día anterior por la calle de Saint-Jacques: tenía la izquierda libre; pero á su derecha todas las calles perpendiculares ó paralelas estaban ocupadas por barricadas. En todas partes el éxito coronó sus esfuerzos. La plaza Maubert, sobre todo, se hallaba formidablemente defendida. Una barricada apoyada en otras muchas la cerraba á la entrada de la calle de la Montaña de Santa Genoveva. El 18.º regimiento de línea, el 18.º batallón de guardia móvil y la guardia republicana, formados en columna de ataque, vencieron todos los obstáculos, pero no sin grande efusión de sangre: hubo compañías que perdieron la cuarta parte de su efectivo. En una de las barricadas ondeaba una bandera con un gorro frigio en el remate del asta. En la bandera, que un guardia móvil se llevó como un trofeo, había esta

inscripción: 13.ª *escuadra de los talleres nacionales* (1)

Después de haber despejado las calles que bajan hacia el Sena, Damesme subió hacia el Panteón, donde los insurrectos habían establecido su centro de acción. El primer ataque resultó vano. Sin embargo, los guardias móviles lograron apoderarse de la Escuela de Derecho, desde donde dirigieron su fuego contra el edificio, al mismo tiempo que el cañón abría brecha en las puertas de la iglesia. Un nuevo asalto fué coronado de éxito. A las dos, los guardias móviles entraron en el Panteón, persiguiendo por todos lados á los insurrectos: y esta buena noticia, llevada á la Asamblea, despertó la alegría patriótica de los representantes.

Siguiendo el curso de las operaciones, Damesme se apoderó de las barricadas de la calle de Santa Genoveva y de la calle de la Vieja Estrapada. Allí, en medio de sus ventajas, fué herido de un balazo en el muslo y transportado al patio de una casa vecina. Acercósele el representante Valette y le dijo: «Mi general, os estrecho la mano en nombre de la Asamblea.» A lo cual contestó Damesme: «Os ruego informéis á la Asamblea de cómo he cumplido con mi deber (2).» El general había de morir de su herida. Pero tuvo al menos el consuelo de ver su victoria terminada. El general Brea, que le sucedió en el mando, continuó su obra. Por la noche, los insurrectos, vencidos y acosados por todas partes, fueron arrojados hasta cerca de las barreras de Enfer y Fontainebleau.

Así terminó aquella segunda jornada de lucha, jornada llena de tristeza y de ansiedad. Las pérdidas fueron aún más numerosas que la víspera: el general Bourgon fué herido; igual suerte cupo á varios oficiales superiores; uno de los comandantes de la guardia móvil fué muerto. Sin embargo, la inquietud no era tan grande. Los defensores del orden, guardias nacionales, guardias móviles, guardias republicanas y soldados del ejército rivalizaban en celo; y su ardor, excitado por el combate, era tal, que pronto iba á ser necesario moderarlo, por temor de que la victoria fuese manchada con algún exceso. Además, durante todo el día se habían visto desembocar por las estaciones de los ferrocarriles ó por las barreras guardias nacionales de los departamentos. Al rayar el alba había llegado la guardia nacional de Versalles; poco después la de Pontoise; por la tarde las de Clermont, Beauvais, Amiéns y Ruán; por la noche la de Orleans. La mayor parte habían tenido que vencer serias dificultades para llegar donde les llamaba el patriotismo. Los guardias nacionales de Amiéns habían tenido que luchar contra la mala voluntad de los empleados del ferrocarril del Norte, que retrasaban adrede la marcha del convoy: en La Chapelle la vía se hallada interceptada, y tuvieron que llegar á pie á la barrera de Clichy (3). La guardia nacional de Orleans encontró aún más obstáculos. En fin, en Essonne, los obreros habían cortado con barricadas la ruta de Fontainebleau á fin de impedir la llegada de refuerzos (4).

(1) *Monitor*, pág. 1491.

(2) *Monitor*, pág. 1492.

(3) *Récit par un garde national d'Amiens des faits et gestes des détachements qui ont pris part aux événements de Juin*, Amiens, 1848.

(4) Informe del prefecto de Seine-et-Marne (*Enquête parlementaire*, tomo III, pág. 109).